

Carlos VÁZQUEZ
1902 -



HISPANIA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO

Portada, por Carlos Vázquez. — « Paris la nuit », por H. Anglada. — La felicidad de la desgracia, por A. Aguilera y Arjona; ilustraciones de J. Cuchy. — Cervantes, por Camilo Millán. — Estudio, por Sardá. — Retrato de la eminente artista Rosa Bonheur, por Anna E. Klumpke. — Boceto, por F. Domingo. — Pureza, por Juan Brull. — La comunión de Silvia, por Pablo Aréne. — Verano. Invierno, por Víctor Masriera. — El Charlatán, por V. Giné. — El príncipe, por F. Domingo. — La casa de los duendes, por Desiderio Marcos. — Aldaba y farol de hierro forjado, contruidos por los Sres. Cadena y Bayó. — Notas sueltas, por Román de Saavedra; ilustradas por Triadó. — Mejicanos ilustres, por ***. — En el campamento, por F. de Soria. — Miss Rebeca, por X. — Siempre vivas y crisantemas, por J. Campeny. — Meditación, por E. Torent. — Por esos teatros, por Un espectador. — La Alameda de Hércules en Sevilla. — Hojeando libros. — Caricatura.



H. ANGLADA

« PARIS LA NUIT »

LA FELICIDAD DE LA DESGRACIA

No me causa dolor la dicha agena. Pero declaro noblemente que me detengo envidioso, atormentándome con su contemplación muy largo rato, siempre que tropiezo en mi camino con una pareja de jóvenes obreros comiendo en mitad del arroyo, por mantel las piedras de la acera, ese cocido amarillo como el oro y limpio como la pureza de los elegidos que todos los días, de doce á una de la tarde, lleva en Madrid al pie de la obra ó á la puerta del taller la honrada hija del trabajo.

Os referiré una historia, de cuya exactitud os responde mi palabra.

* * *

Juanito Guzmán, Príncipe de Asturias del dinero, según le denominaba la alta sociedad madrileña, más por envidia que por elogio á su posición social privilegiada, sucumbía al *splin* de los placeres.

Hijo único del más poderoso millonario de la época y mimado hasta la perversión por el viejo autor de sus días, incapaz de torcer ó refrenar lo más mínimo una voluntad virgen de contrariedades, que comenzó templándose en las adulaciones disculpables á la niñez en colegios y salones y completó su desarrollo en la corte de amigos incondicionales que la espléndidez concede, habíale llegado por fin, aunque prematuramente, el día inevitable del hastío á que el exceso de goces y felicidades condena á todos los mortales, con preferencia á aquellos que no supieron emanciparse á tiempo de la esclavitud que el vicio impone.

Y Juanito Guzmán, el Príncipe de Asturias del dinero, para quien ninguna mujer reservaba secreto alguno de amor, harto de conquistas sin resistencia y de victorias sin lucha, aburrido del *bacarrat* que no logró inspirarle la pasión del oro, de caballos y trenes, de comodidades casi orientales, de manjares exquisitos y vinos inapreciables, de orgías que hubiera envidiado el más perverso patricio romano, de amigos aduladores y de criados serviles, pidió permiso, mejor dicho, comunicó á su padre su resolución de emprender un viaje extraordinario, no por Europa, cuyas cortes y principales poblaciones le eran conocidísimas, sino por Asia, Africa y Oceanía, expedición marítima destinada á olvidar la monotonía de su pasado y descubrir otras sociedades cuyos individuos y costumbres le revelasen sensaciones nuevas.

Con rapidez verdaderamente mágica hicieronse cuantos costosísimos preparativos exige un viaje de semejantes proporciones. Y llegado que fué el día señalado por Juan para la partida, padre y amigos en crecido número reunieron en la estación á despedir al original viajero, que abandonaba la felicidad segura de sus palacios y recreos cortesanos por la incertidumbre de una exploración cuyos riesgos y peligros no lograrían evitar en absoluto los inmensos tesoros del titulado Príncipe.

El padre lloró la posible contingencia de que su excesiva edad le impidiera presenciar el regreso del hijo querido; los amigos sintieron algo así como el vacío hecho á

su alrededor, recordando los placeres, las fiestas, las orgías, el cúmulo de felicidades que el tren les alejaba para un plazo quizás dilatadísimo. No faltó quien, al abandonar el andén, se devanara la sesera ante el problema irresoluble de la cena. Y alguna *demi-vierge* que quiso presenciar extraoficialmente la partida de Juanito, aún duda si es amor ó necesidad el secreto fuego que aviva su memoria.

* * *

Lo cierto es que el llamado Príncipe de Asturias del dinero partió del litoral levantino en condiciones de honor para su título; yate propio, de cuya suntuosidad hablaron no poco los periódicos, cartera bien repleta de créditos contra todos los Bancos del universo, excelente repuesto, mejor bodega, tripulación experta y satisfecha de su pago,... *mar bella*, si se me permite aplicar esta frase á la manera como Juanito comenzó su empresa atrevidísima.

A los pocos días de abandonar el viejo continente, dejó atrás el Mediterráneo, *mare nostrum*, como orgullosamente le llamaron los romanos hasta que de su efectivo dominio hubieron de hacerse cargo los cartagineses, hombres nacidos para las conquistas del trabajo; y al avistar las soberbias pirámides que guardan el secreto de las ciclópeas dinastías faraónicas y del predominio histórico de una raza superior que hubo de legar á la posteridad el modelo de códigos que en vano pretenderá superar la ciencia humana, comenzaron para nuestro héroe una serie de emociones completamente desconocidas, más aún, ni soñadas en los delirios de poeta que, como hombre culto, provocaron en su imaginación miles de veces las orgiásticas libaciones.

De Egipto al Japón sería imposible detallar la variedad de territorios, razas, costumbres y cuadros naturales y sociales que hubo de admirar el buen Juanito.

Y como hombre más aficionado á los placeres corporales que á las puras emociones de la observación científica, sorprendió de cada lugar todas las esencias materiales de la vida.

Gustó toda clase de manjares y bebidas, distrajo la imaginación con cuantos recreos inventó la especie humana en su lucha por alejar el espíritu de las tristezas de la vida, gozó de múltiple variedad de sensaciones carnales, hasta de las aberraciones más absurdas, en los infinitos mercados de placer que halló á su paso, que de polo á polo la mujer siempre fué y será esclava del puñado de oro que satisfaga su vanidad congénita; admiró la variedad inclasificable de la naturaleza, unas veces sumisa sierva del hombre, para cuya satisfacción parece fué creada, otras terrible vengadora, que amenaza cobrarnos la existencia por la felicidad que á su costa pudimos lograr no sin esfuerzo.

Sufrió en alta mar tempestades indescriptibles en que las sublimes proporciones de la naturaleza embravecida obligan al hombre á buscar en la divinidad refugio al es-



píritu, único resto que en casos tales confía salvar el más convencido materialista. Atravesó cordilleras y espesuras donde la tierra, virgen del atrevimiento humano, revela al hombre su inmensa grandeza y poderío. Valles feracísimos ofrecieronle mil veces paisajes de incopiable belleza, cuya contemplación permite recobrar el concepto de la superioridad de la inteligencia, olvidado ante tanta grandeza.

Y sin embargo, á pesar de tantas, tan distintas y tan sublimes emociones, Juanito se aburría extraordinariamente.

Su carácter, antes decididor y comunicativo, volvíase cada día más reservado é irresoluto: apenas lograban arrancarle algunas palabras las solicitudes del capitán fríamente contestadas por aquel ataud de un espíritu muerto, al parecer, en plena juventud para las ilusiones.

— ¿Cómo — se preguntaba mil veces durante sus frecuentes paseos sobre cubierta — no logra templar mi decaído espíritu la contemplación de ese inmenso oceano, á veces plácidamente dormido, como gigante en sueño de reposo, á veces majestuosamente soberbio, protestando tal vez del atrevimiento humano que de él se sirve para satisfacción de sus necesidades? ¿Cómo no con-

sigo alejar de mi imaginación el terrible fantasma del aburrimiento ante la inclasificable variedad de tipos y escenas humanas que van sucediéndose durante el largo viaje?: egipcios, árabes, turcos, chinos, malayos y japoneses; aquí una sociedad esclava de antiquísimos recelos, ocultando su rostro al cristiano durante el único paseo á que le obliga la distancia del hogar á la sinagoga; allá la ranchería mora, cuya proximidad ofende los sentidos con el hedor de su abandono; luego la febril ambición del judío, víctima de su miseria voluntaria; después la charla fascinadora del cambiante turco, el mercantilismo mezquino y la laboriosidad pacientísima del chino, la potencia asimiladora del japonés... el fácil disfrutar de los placeres sensuales en unas sociedades pervertidas, donde ningún afecto ni secreto resiste al peso de un puñado de oro!...

Y en estas abrumadoras reflexiones volaban las horas para el buen Juanito, que *hacia* kilómetro tras kilómetro en la cubierta del yate, durante las noches de sus travesías.

* * *

Un inesperado cablegrama de Madrid vino á poner fin á su interminable viaje y aun á su extraoficial tratamiento de Príncipe de Asturias del dinero.

« El señor Guzmán ha muerto víctima de terrible desgracia. — Y añadía — Regrese enseguida, recogiendo en *Port-Saint* carta con detalles de lo ocurrido. »

Juan lloró mucho su desgracia, y cumpliendo la segunda cláusula del cablegrama, ordenó al Capitán regresar á toda máquina y con los menores retrasos posibles en la provisión de carbón y víveres, al puerto de salida.

En *Port-Saint* recogió la carta que sus testamentarios le anunciaron, que le enteró de toda su desdicha.

No era la muerte del padre, con ser inmensa, su única desgracia.

Esta había sido el epílogo de su ruína.

El señor Guzmán se había arriesgado en una comprometidísima operación de bolsa, y, contra la felicidad á que le tenía acostumbrado su envidiada fortuna, resultó en descubierto por una cantidad fabulosa, á que no alcanzó la venta de cuantas fincas y objetos de valor constituían el *confort* de su dichosa vida.

Ninguno de sus amigos y antiguos protegidos quiso garantizar la firma del viejo tirano de los negocios. Y viéndose avergonzado por su falta, y despreciado de sus rivales, como león inválido á la boca de cuya cueva viñieran á mofarse las antes miedosas alimañas que huye-

ran su presencia, una mañana apareció muerto sobre su bufete, con dos horribles heridas en el cráneo y una carta para su hijo explicándole los motivos de su última determinación, pidiéndole perdón por la ruina á que involuntariamente le arrojaba y dándole algunos consejos de conducta social inspirados en la triste experiencia de sus posteriores días.

La lectura de esta carta redobló fuertemente el dolor en el corazón del joven Juanito.

¿Qué conducta seguiría en la nueva posición social á que le reducía su completa desgracia?

Buscó en el capitán, hombre de edad madura, ducho en las batallas de la vida, el consejo que le negara su inteligencia virgen de dificultades, y así le habló el viejo marinero:

— Salvo el natural sentimiento que por la muerte del señor Guzmán, vuestro buen padre, tiene obligadamente que apesadumbraros, podeis creerme: tan solo gracias á Dios debeis dar por la ruina á que os encontrais reducido.

...Explicaré este juicio, que bien pudiera pareceros una caprichosa paradoja... Si no me han engañado los chismes de la gente de tierra, el verdadero móvil del singular viaje que vamos á terminar en breves días fué una contrariedad amorosa que detuvo vuestra desenfrenada carrera por el vicio. Amabais á una virgen del trabajo, cuyos favores quisisteis lograr, como siempre, á precio de oro. Os contrarió su negativa. Y como no estaba vuestro capricho acostumbrado á violentarse ante ningún obstáculo, que no los hay en estas malditas sociedades para el oro, harto de placeres rendidos y de victorias bien pagadas, decidisteis buscar en otras tierras nuevas emociones que os renovarán la sensibilidad de los sentidos... Y ya lo veis, no habeis podido conseguirlo... En vano hemos recorrido más de medio mundo tras el imposible despertar de un espíritu agotado por el éxito. Eludiendo, al parecer, la ley de compensación del dolor y el placer á que vivimos forzosamente sometidos, jamás se templó vuestra alma en el yunque de la desgracia; y, creedme, ahora es cuando estais en camino de reconciliaros con la felicidad, pagando el inexcusable tributo de lágrimas que la propia esencia de nuestro espíritu nos exige.

...La vida es dolor y placer, llanto y alegría, virtud y vicio. Y tan preciso nos es un sorbo de amargura para reaccionar nuestro espíritu, obligando al pensamiento á refugiarse en la triste realidad de la vida, como indispensable apurar alguna copa de felicidad que nos reconcilie de cuando en cuando con la existencia.

...Seguid el camino opuesto al anterior en la nueva posición social á que os veis reducido. Buscad en el trabajo el olvido á las tentaciones del deseo y en el amor de aquella mujer pobre y honrada, que antes considerarais indigna de vuestra mano, la dicha que os haga adorable el sacrificio. Alternad entre la risa y el llanto. Y en las raras visitas que la Felicidad os haga, comprendereis que no tienen lágrimas bastantes nuestros ojos para pagar un

beso de amor ó una promesa de placer generosamente satisfecha.

* * *

Al pie de la letra cumplió nuestro héroe los consejos del viejo marinero, sabio en experiencia de la vida, y hoy vive en Madrid un matrimonio feliz, dichoso por completo, que entre el taller y el lecho goza veinticuatro horas cada día de una anticipación del cielo, libre de deseos impuros y de ambiciones martirizadoras, como espíritus justos en la plenitud de la divina gracia.

Y he ahí porqué me detengo envidioso siempre que tropiezo en mi camino una pareja de jóvenes obreros, consumiendo en mitad del arroyo, por mantel las piedras de la acera, ese cocido amarillo como el oro y limpio como la pureza de los elegidos que todos los días, de doce á una de la tarde, lleva en Madrid al pie de la obra ó á la puerta del taller la honrada hija del trabajo.

A. AGUILERA Y ARJONA

Ilustraciones de J. CUCHY



CERVANTES

EN 9 de octubre de 1547 nació y fué bautizado en Alcalá de Henares el que, andando los siglos, había de ser llamado con justicia *Príncipe de los ingenios españoles*; el que, según Carolina Coronado, pasea en carro triunfal por el mundo entero la literatura de su patria; el que, para honra y orgullo de ésta, es universalmente conocido por el sobrenombre de *El manco de Lepanto*; el autor, en fin, del inmortal QUIJOTE, libro el más asombroso de cuantos han conocido las generaciones.

Fueron sus padres Rodrigo Cervantes y doña Leonor de Cortinas, hidalgos linajudos aunque pobres, quienes dieron á su hijo en la Universidad Complutense la educación que sus recursos les permitieron.

Desde niño fué aficionado á escribir versos; pero tan clara fué su inteligencia, que él mismo reconoció en sí la falta de ese *quid diximum* que es el don de los poetas, *por habérselo negado el cielo*, y lamentándose de ello, decía:

Que yo soy un poeta desta hechura:
Cisne en las canas y en la voz un ronco

Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco.

Fué tal su afición á la lectura, que recogía, para leerlos, los papeles rotos que encontraba por las calles: no siguió carrera alguna literaria, y su principal escuela fueron las posadas, los campamentos y las cárceles, escuela del mundo en la que el genio perspicaz y observador aprende mejor que en las aulas.

La primera producción que de Cervantes se conserva, es un soneto con ocasión de la muerte de la reina Isabel de Valois, que aunque recomendado por el maestro Juan López de Hoyos, dista mucho de ser notable.

Protegido por monseñor Aquaviva, legado del Papa, que años más tarde y á la edad de 24, había de obtener el capelo, y que si era mozo aficionado á las letras, no lo era menos á tratarse con los hombres de ingenio, fué Cervantes con él á Roma, centro entonces de la cultura literaria del orbe, y allí desarrolló su inteligencia y sus pasmosas condiciones de observación; pero sin que se haya traslucido la causa de ello, dejó Cervantes al poco tiempo la casa del cardenal Aquaviva, y en 1571 le vemos hecho soldado de los Tercios españoles.

Fué Cervantes hombre honrado y trabajador, siquiera la malquerencia ó el error le metieran en prisiones, siendo alcaballero de la Real Hacienda; casó en Esquivias en 12 de diciembre de 1584 con doña Catalina de Palacios, con la cual no tuvo sucesión; no se le conoció más descendiente directo que una hija, fruto de sus amores con una dama portuguesa, hija que se llamó en el mundo doña Isabel de Saavedra, y que profesó en las monjas Trinitarias de Madrid.

Como soldado se distinguió Cervantes en diferentes hechos de armas, y muy especialmente en la batalla naval de Lepanto, *en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*, en la cual batalla y en la galera *Marquesa*, mandada por Francisco Sancto Pietro, hallábase postrado por la fiebre al romperse el fuego entre la poderosa escuadra turca capitaneada por Selim y la cristiana bajo las órdenes de don Juan de Austria; pero Cervantes, al tener noticia del choque, corrió á empuñar las armas, contestando á cuantos quisieron disuadirle de aquel empeño:

- « ¡Qué se diría de Miguel de Cervantes! En todas las ocasiones que hasta hoy en día se me han ofrecido de guerra á



SARDÁ

ESTUDIO

S. M. y se ha mandado, he servido muy bien como buen soldado; y así, ahora no haré menos, aunque esté enfermo é con calentura: más vale pelear en servicio de Dios é de S. M. é morir por ellos, que no bajarme so cubierta.»

Ocupando el sitio más peligroso de la nave, á petición suya, rechazó varias veces las acometidas de los moros y recibió dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda de la cual quedó manco.

Hecho prisionero de los moros algunos años después al regresar á España en la galera *Sol* en 26 de septiembre de 1575, fué conducido como cautivo á Argel, encerrado en una de sus lóbregas mazmorras, y sujeto á tratamientos crueles; pero el ánimo de Cervantes no se achicó por esto, antes bien, en el cautiverio se engrandeció su alma, se agigantó su ingenio, se aquilató su heroísmo, y se sublimó su generosidad, pues en más de una ocasión puso á riesgo inminente su vida, bien por obtener su propia libertad, bien por lograr la de sus compañeros en el cautiverio.

Este fué para él una verdadera odisea en la ardiente región africana, y sensible es para mí que los reducidos términos de esta *silueta*, no me permitan narrar la serie de abnegaciones del pobre y esforzado *manco* en aquella larga y dolorosa etapa de su vida: consignaré, sin embargo, que los arranques de su corazón le llevaron al punto de intentar, según algunos de sus biógrafos, alzarse con Argel por España, apoyando su atrevida empresa, únicamente, en el valor de los cautivos españoles que en Argel había, y en prueba de ello, véase lo que acerca de este punto consigna el P. Haedo.

Si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la fortuna, hoy fuera el día que Argel fuera de cristianos.

Rescatado por los PP. Trinitarios en 1580, regresó Cervantes á España donde aun siguió sirviendo á su patria con las armas hasta finalizar el año 1583, en cuya fecha empieza su verdadera ocupación de escritor.

En pocos años produjo su fecundidad más de treinta comedias; la novela *Galatea*, famosa en la posteridad, y otras muchas, pero luego dejó de escribir, y estuvo sin hacerlo cerca de veinte años, período que fué para él una segunda odisea, aunque menos gloriosa que la de Argel.

Peregrinando en busca de sustento; aceptando cargos enojosos y de miserable retribución; preso unas veces por trabacuentas que bien puede asegurarse que no fueron en desdoro suyo; menospreciado de los unos; mirado con ojeriza por los otros, y humillado siempre, posible es que Cervantes echase de menos las húmedas y mortificantes mazmorras de Argel, y más aún cuando se vió encerrado y aherreojado en Argamasilla en cárcel donde, como él decía, *toda incomodidad tiene su asiento*.

Pero tal vez á aquella injusta y penosa reclusión se debe la obra más portentosa de los siglos; la joya más estimable y estimada de la literatura universal; el imperecedero rayo de gloria que circunda el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra.

De la prisión de Argamasilla salió hecha la primera parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, admiración y encanto de las generaciones pasadas, presentes y venideras.

Puesto Cervantes en libertad, justificada su conducta, y en paz ya con la justicia hasta el resto de sus días, gestionó, aunque inútilmente, recompensa á sus servicios. Trató de publicar entonces la primera parte de su obra inmortal, y gracias á la pasagera protección que le dispensó el duque de Béjar, pudo conseguirlo en los comienzos de 1605; pero forzado Cervantes, por su situación económica, á enagenar la propiedad del libro á un tal Francisco Robles, se comprende que los beneficios fueron para éste, y que Cervantes, aparte algunos miles de reales, no cosechó más que el aplauso con que fué recibida su obra por el público.

No faltaron envidiosos de la gloria de Cervantes que motejaran su *Don Quijote* y amargaran la precaria existencia de su autor; pero éste, con alguna protección, no



ANNA E. KLUMPKE. — RETRATO DE LA EMINENTE ARTISTA ROSA BONHEUR



F. DOMINGO. -BOCETO

mucha, del conde de Lemos, siguió escribiendo y dando á luz sucesivamente las novelas *El curioso impertinente*, *La gitanilla*, *La fuerza de la sangre*, *Rinconete y Cortadillo*, *La española inglesa*, *El amante liberal*, *El licenciado Vidriera*, *El celoso extremeño*, *Las dos doncellas*, *La ilustre fregona*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*, novelas ingeniosísimas y dignas de su pluma.

En 1615 publicó Cervantes la segunda parte de su *Don Quijote*, y contra lo que comunmente ocurre, y contra lo que el proverbio

dice, la dicha segunda parte aventajó á la primera en mérito literario.

Pérsiles y Segismunda fué la última obra que escribió Cervantes, y su carta-prólogo al conde de Lemos, fechada en 19 de abril de 1816, fué el último escrito que trazó su mano, porque, enflaquecido y doliente, abatido, más por la es-

casez de recursos y por la injusticia de sus contemporáneos que por el peso de la edad, rindió al Creador su alma en 23 del mismo mes, con la resignación del justo. Su cadáver fué conducido modestamente en hombros al convento de las Madres Trinitarias, en donde recibió cristiana sepultura, sin que hoy sea dable determinar cuáles puedan ser sus despojos, confundidos con otros muchos.

Pero si sus contemporáneos no supieron hacer justicia al ingenio sin rival de Cervantes, la posteridad, sin limitación de escuelas ni de fronteras, ha rivalizado de dos siglos á esta parte en desagraviar su memoria, tributándole elocuentes testimonios de admiración, pues, como dice muy bien Aribau, los

soberanos han honrado á porfía su memoria; los magnates amantes y protectores de las letras le han levantado monumentos; los sabios le han colmado de elogios; el pueblo venera y rinde culto á su nombre; las naciones extrañas nos le envidian; todas las artes han reproducido, bajo mil formas, su efigie y las creaciones de su fantasía, y la imprenta multiplica todos los años sus escritos, y los difunde, como luz vivificadora, por todos los ámbitos del mundo.

No menos honra merece; no de menos gloria es acreedor el *manco de Lepanto*; el sublime autor del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*; el astro más esplendoroso y de mayor magnitud de la literatura española.

CAMILO MILLÁN





JUAN BRULL

PUREZA

La Comunión de Silvia



VÍCTOR MASRIERA

VERANO

Mi tío, el cura de Tres-torres, á cuyo lado me habían puesto mis padres para que me enseñara unas miajas de latín, me dijo aquella noche :

— Oye, Jaime, mañana me ayudarás misa á primera hora, pues tenemos que ir después con el Viático á Metelina. El domingo fué Pascua, hoy estamos á jueves, y no es cosa de dejar transcurrir la semana sin que haya comulgado el tío Homobono.

El tío Homobono era un viejo chapado á la antigua, el cual, durante sus cortas estancias en el pueblo los días de feria y los domingos, había conseguido inspirarme singular respeto.

Cuatro años hacía que el buen hombre, á causa de los malos caminos y sobre todo de los años que llevaba á cuestas, no podía llegarse hasta Tres-torres, por lo cual mi tío, durante la semana pascual, subía al monte para llevar la Comunión al más antiguo de sus parroquianos.

Las palabras del sacerdote me hicieron brincar de alegría. Llevar la Comunión al monte durante una mañana de primavera, constituía para mí uno de los mayores placeres.

La ascensión no solía ser muy alegre. Cuando se va de camino en compañía del Señor, siempre se experimenta un fuerte respeto que obliga á la seriedad. No era cosa de reirse. Mi tío iba balbuceando latinajos, á los cuales yo replicaba según Dios me daba á entender, mirando á un lado y otro del camino, olvidando mi obligación de sonar la campana cuando encontrábamos algún campesino y retardando distraidamente el paso cada vez que veía un pajarillo posarse sobre una rama, un lagarto escurriéndose por las grietas de un muro ó una pendiente alfombrada por la hierba y sobre la cual me hubiera gustado dejar rodar mi cuerpo.

A pesar de las privaciones que me imponía á la subida el oficio que desempeñaba, me consolaba facilmente al pensar en las diversiones de la vuelta. Porque la segunda parte del programa era siempre deleitosa. Cumplida nuestra obligación acerca el tío Homobono, al punto en que el copón portátil, no conteniendo ya la sagrada forma, había desaparecido encerrado en su estuche bajo los pliegues de la sotana de mi tío, emprendíamos libres como el aire los tortuosos senderos de la vertiente opuesta del monte, hasta que parábamos en la casa rectoral del pueblo de San Marcos, cuyo párroco, prevenido desde la víspera, solía esperarnos lleno de júbilo.

Mi tío, de suyo triste y melancólico, parecía que, á la sola idea de visitar á un amigo de treinta años, compañero de seminario por añadidura, se sintiese alegrado y rejuvenecido.

Por eso corría de pareja conmigo, reía de todo, hacía suyos mis entusiasmos de niño por la extraña forma de una piedra, por una planta curiosa, por una mariposa de colores vivos ó por un insecto que reluciera al sol como el acero templado.

¡Qué alegría la nuestra cuando, al mediodía, con el hambre aguzada por el aperitivo de la montaña, apercibíamos á lo lejos la torre de San Marcos y la iglesia nueva, en medio de unas cincuenta casas de cubiertas grises, semejando la madre entre sus polluelos! ¡Qué júbilo al ver en medio del camino, cortándonos el paso, al viejo amigo de mi tío, el alegre padre Benavente, que nos gritaba desde lejos:

— ¡Aprisa, gandules!... La comida está echada á perder... Se ha quemado toda... Tendréis que refugiaros en la hostería.

Pero todo lo hallábamos en buen orden. Aún después de muchos años, la imagen de San Marcos no se aparece á mi memoria sino á través de los apetitosos vapores que se desprenden de una succulenta tajada de cordero dorado al horno y de unas deliciosas chuletas de cabrito.

* * *

Henos aquí pues, á mi tío y á mí, camino del monte. Mi tío avanza gravemente, sin fijar la atención en nada que no sean sus funciones sacerdotales. En cambio yo no ocupo la imaginación en otros particulares que los platos que nos ofrecerá el padre Benavente, sin olvidar las sabrosas truchas que solía pescar el viejo sacerdote en honor de sus huéspedes ni el plato de setas que nos ofrecía, procedentes del huerto rectoral.

Clareaba el cielo y el sol, invisible aún en el Oriente, anunciaba con su resplandor su proximidad á rebasar la línea del horizonte, para esparcir de súbito sus rayos sobre la tierra, cubriendo de luz las rosadas puntas de los montes.

De tarde en cuando, jadeantes, nos parábamos á descansar y mi tío colocaba respetuosamente el copón encima la fresca hierba, sin escandalizarse cosa mayor de los animalillos que se acercaban á él.

Decididamente, la casa del tío Homobono se hallaba en un sitio excesivamente elevado. Ya lo decía mi tío: — El bueno de Homobono vive á la mitad del camino del cielo.

Partiendo á la del alba, no era cosa del otro jueves llegar á ella á las diez de la mañana.

Al apercibir las paredes de la casa, me puse á sonar la campanilla. Ladrónos un perro, espantáronse las gallinas, y el toro, que estaba encerrado, sacudió dentro el establo la cadena que le sujetaba.

A pesar de lo cual permaneció la puerta sin abrir. Nadie salió á recibirnos.

Medio asombrados, continuamos avanzando hacia la casa, cuando, de súbito, exclamé:

— Tío... alguien se ha muerto.

— ¿Qué me dices muchacho?



VÍCTOR MASRIERA

INVIERNO



V. GINÉ

EL CHARLATÁN

— Mire usted : las abejas están de luto.
En efecto, cada una de las seis colmenas alineadas delante de la casa, ostentaba una gasa negra.
Emocionado por semejante espectáculo, dijo entonces mi tío :

— Habrá muerto el bueno de Homobono.

Esta era la verdad. Una vecina que guardaba el difunto y que respondió á nuestro llamamiento, nos lo manifestó al cabo de unos segundos. El nieto del muerto, que acababa de partir para Tres-torres, no se había apercibido de nosotros á causa de haber tomado algún atajo para abreviar camino.

Por todo lo cual mi tío decidió que el entierro se efectuase al día siguiente é hizo las preces de rúbrica...

* * *

La jornada se anunciaba fúnebre. Adiós San Marcos, el padre Benavente y su comida.

Al salir de la casa, interrogué á mi tío con la mirada.

— ¿Qué le vamos á hacer? — dijo, adivinando sin duda mi pensamiento. — El padre Benavente tendrá que pasar

el día de hoy sin nuestra compañía. Por una diversión profana, no podemos de ningún modo pasear el cuerpo de Dios por esos mundos del diablo. Su sitio es el sagrario... De manera que, en lugar de ir á San Marcos, nos volveremos tranquilamente á casita.

¡Qué triste se me aparecía en aquel momento la imagen del pueblo! Y cómo, gracias á la comparación, se embellecía San Marcos, con sus praderas cubiertas de narcisos floridos y su caminito serpenteando entre ellos bordeado del riachuelo rumoroso! ¿No podía haber tardado unos días á morir el viejo Homobono?

Mi tío púsose á reflexionar y hasta creo que en el fondo compartía conmigo los sentimientos que me atormentaban. También los santos tienen sus debilidades.

Sin embargo, emprendimos el camino de regreso.

De pronto, á la otra parte de las rocas sobre las cuales estaban situadas las colmenas, encontramos una muchacha guardando como media docena de corderos. Al vernos, arrodillóse, santiguándose devotamente.

— ¿La conoce usted? Es Silvia, — dije á mi tío.

— ¿Silvia, la de Pedro Juan, que recibió la confirmación cuando tú, el año pasado y que tenía siempre el número uno en la clase de catecismo?

Mi tío había cesado de avanzar. Silvia se acercaba tímidamente. Yo, antiguo amiguito de ella, tenía una verdadera satisfacción en verla nuevamente.

Con voz dulce, el sacerdote la amonestaba por sus faltas á la misa y á las lecciones de catecismo.

— ¡No es por falta de voluntad, señor cura! — exclamaba la niña, — sino porque el amo no me deja.

— Está bien. Ya me veré con él.

Entretanto Silvia reclamaba de nosotros un pequeño favor : el de guardar un momento los corderos, mientras ella iría á pedir prestado un pedazo de pan á la primera casa que le viniese al paso, pues el perro se había comido las provisiones que llevaba para pasar el día.

— Como por aquí no suele pasar nadie, corro el peligro de quedarme en ayunas hasta la noche.

— ¿Cómo? ¿Estás en ayunas? ¿completamente en ayunas?

— Completamente, señor cura.

— Desde ayer á la hora de la cena, ¿no has comido ni bebido nada, absolutamente nada?

— No, señor cura.

— ¿Ni una gota de agua?

— Ni una gota.

— ¿No has cogido, sin parar mientes en ello, un níspero ó un grano de mora?...

Silvia se puso á reir.

— ¡ No hace poco tiempo que los pajarillos se han comido las últimas !

Entonces mi tío interrogó á Silvia sobre el catecismo y vió con satisfacción que la muchacha lo recordaba maravillosamente.

Después dijo :

— La Providencia lo quiere... Los designios de Dios son misteriosos.

¿ Quería tal vez la Providencia que aquel día pudiésemos comer en compañía del padre Benavente ? Empezaba á barruntarlo, cuando me dijo mi tío :

— Aléjate un poco ; voy á confesar á Silvia.

* * *

La confesión fué corta y la absolución no se hizo esperar. La pobre Silvia tenía pocos pecados.

— Ahora que te hallas en estado de gracia — dijo mi tío, — después de darlas al Todopoderoso que se digna, por un favor especial, descender hasta tí, ya que tu no te acercabas á Él, prepárate para recibirlo dignamente.

Cerca de aquel sitio había una especie de oratorio sobre cuyas gradas se arrodilló Silvia, quien, emocionada, entornaba los ojos arrasados en lágrimas.

Mi tío rezaba en voz baja. La Sagrada Forma brillaba en sus dedos herida por el primer rayo del sol nascente. Innumerales pajarillos rompieron á cantar y un perfume más penetrante que el del incienso se esparció por el aire.

También á mí me asaltaron las ganas de llorar como hacía Silvia. Pero, llorando y todo, me decía :

— Por poco que apretemos el paso, antes de medio día podemos estar en San Marcos, donde el padre Benavente nos está esperando con el cordero asado, las truchas, las setas, el cabrito...

Y, en un impulso de piadoso agradecimiento, bendije al cielo que, en lugar de privarnos de una inocente expansión, había querido que mi amigueta Silvia se encontrase en nuestro camino, á punto de recibir la Hostia.

PABLO ARÈNE



F. DOMINGO

EL PRÍNCIPE

LA CASA DE LOS DUENDES

ERA el día 20 del mes de Enero del año de 188... y los pacíficos vecinos de Villatoquite celebraban la fiesta anual en honor de su patrono San Sebastián...

En aquel pueblo, y en tres ó cuatro leguas á la redonda, había caído la noche anterior una nevadita propia de los últimos días del Otoño ó de los albores de la Primavera. Es decir: ni tan copiosa que los caminos quedaran intransitables, ni tan insignificante que permitiera á los labradores ocuparse en las pocas faenas que en tal época exigen y consienten los campos.

Por estas dos circunstancias, felices ambas para los aficionados á festejar, la función del mencionado lugarcillo se vió más concurrida que el año precedente y que otros años en que, ya por excesivo temporal de aguas ó nieves, ya por ser éste bonancible para las operaciones agrícolas, los habitantes de las aldeas limítrofes se abstendrían un tanto de honrar con su presencia la festividad con que los « villatoquiteros » obsequiaban al Santo de su devoción.

De modo que el número de romeros se contaba por centenares, y en todas las casas tenían los que deseaban y algunos más. Pero seguramente que hubo y aún sobró comida para todos, porque los moradores de Villatoquite llevan desde tiempo inmemorial fama de rumbosos, y, puestos á sacrificar ovejas tísicas, no se sabe que tasarán nunca las que habrían de engullirse sus convidados.

Sin embargo de que todas las viviendas, desde la más pobre hasta la más rica, rebosaban de gente forastera, la que se llevó la palma fué, sin disputa, la del tío Agustín Majadas, el mayorazgo, donde nos juntamos á comer, entre grandes y chicos de los dos sexos, setenta personas.

La comida correspondió á la riqueza y categoría de la casa: sopa de pan y de fideos; co-

cido, compuesto de garbanzos de los mejores de la cosecha, de carne fresca de vaca, de cecina, tocino, chorizo, relleno, y, aparte, un puchero de berza bien esponjada; luego, carnero guisado, oveja frita, gallos asados y escabeche de barbo; y, para postre, queso, manzanas, nueces y un pote de castañas que regocijó extraordinariamente á la gente menuda.

De sobremesa, el que la presidía, un vejete de ochenta navidades, con tantos nietos y bisnietos como años,—de lo cual se mostraba él muy orgulloso,—parlador, campechano y más alegre que unas castañuelas, nos endilgó no sé que retahila de oraciones, jaculatorias, avemarias y demás rezos que allá en su niñez le inculcara un su tío cura, besámosle la mano los pequeñuelos, imitaron los mozos y mozas, y así que el venerable anciano se hubo calado hasta las orejas su flamante gorra ó « cachucha » de piel de cordero, habló de esta manera:

— Soy de parecer, puesto que la tarde arruga el entrecejo y la poca nieve que hay por las calles ya casi estará convertida en hielo, que mientras sinan á visperas, los casados jueguen una brisca ó un « tute arrastrao », la mocedad zarandée la pandereta y dance, y la chiquillería se venga conmigo á la cocina á oír cuentos, consejas y chascarrillos, que aprendí en mi juventud y que recuerdo tan al dedillo como los peldaños que tiene la escalera de mi bodega... ¿ qué parece á la honrada concurrencia mi parecer?

— Muy bien, muy bien, tío Ramonín — contestamos todos, casados, mozos y chiquillos.

— Pues, entonces — añadió el abuelico — andando; cada uno á lo suyo: los hombres hechos, á la baraja; las muchachas de quince abriles para arriba, al pandero y á choyiar con esa caterva de fachen-



Aldaba de hierro forjado construída por los señores Cadena y Bayó

dosos; y vosotros, galopines—nos dijo á los rapaces y rapazucas que no habíamos pasado de la edad pueril—venid tras de mí á la cocina, que allí, al amor de la fogata, os contaré cada cuento que en vuestra vida olvidaréis aunque viváis más años que mi tatarabuelo, el cual, según oí decir á mi difunto padre (que en gloria esté) murió á la edad de ciento doce años... ¿Sabéis cuantas docenas de años son ciento doce?...

—Si señor: mil docenas—voceó Manolico.

— ¡ Trescientas, trescientas docenas !
—gritó Teresina, una nieta del tío Ramonín.

— ¡ Uf... qué torpes ! — agregó en tono de convicción y con cierto énfasis, Perico, el hijo del maestro de Escuela de Santa Elena — ... pues ciento doce años á doce años la docena, dos docenas y media ¿verdad tío Ramón?

— ¡ Carafe, carafe ! — replicó riéndose á carcajadas el abueleto — ¿y son vuestras madres las que se atreven á decir que los niños de hoy nacen más espabilados que los de antaño?... Sentaos, sentaos por ahí en los escaños, en esos banquillos y sinó en el suelo; y que nadie chiste ¿entendeis?

— ¡ Sí, señor; sí entendemos, tío Ramonín !

— ¡ Ajá !... Yo ya me arrellané en esta poltrona desvencijada que es la misma en que se sentaron los mayores viejos, el padre, el abuelo y hasta el bisabuelo del tío Agustín, que cien años viva... Y vosotros, *buenos* escolantes, ¿estáis ya acomodados?

— ¡ Sí, señor; ya estamos todos *sentaos* !

— ¿Y de qué queréis que sean los cuentos?... Porque los sé de muchas clases y colores; los sé de historia, de duendes y brujas, y puramente de risa.

— ¡ De risa, de risa ! — prorrumpimos alborotados.

— ¡ Bueno !... Os quiero dar gusto en todo y yo os prometo que esta tarde os reiréis hasta reventar; pero antes vais á saber el porqué llaman á esta casa donde estamos « La casa de los duendes... »

Creo que todos los chiquitos allí reunidos ignorábamos que la casa del tío Agustín Majadas tuviera tal denominación, y comenzamos á temblar de miedo; más el jovial tío Romanín no debió percatarse de nuestro susto y nos refirió el siguiente sucedido :

— ¡ Hará cosa de cuarenta años, ó sea en vida de mi primo Narciso, (que en paz descanse) el padre de Agustín, oyéronse en esta casa durante un período de tiempo de tres ó cuatro meses, los ruidos más extraños y diabólicos que podéis imaginaros. Oíanse de noche solamente y siempre que los dueños de la casa se encontraban solos, pues si algunos vecinos se venían á pasar aquí la



Farol de hierro forjado construido por los Señores Cadena y Bayó

noche, ni brujas, ni duendes, ni espíritus empecatados daban señales de existencia... Mirad : ahí en esa alcoba que llamamos la glorieta, dormían los mayores, Narciso y su mujer María Antonia; en el cuarto de la entrada, junto á la despensa, su único hijo y heredero Agustín; en ese cuartucho que está á mano izquierda, según se vá á la troje, dormía la criada; y el criado, un mozo viejo que entró á servir en la casa á los quince años y en ella estuvo hasta que pasó á mejor vida, tenía la cama en el establo... Los ruidos no eran producidos por golpes, ni por el crujido de las vigas; tampoco se notó nunca que arrastrasen cadenas, ni que los espíritus malignos corretearan de un lado á otro del desván... Como ya os he dicho, los duendes, brujas ó lo que fueran, únicamente trasguebaban por la casa cuando no había más personas que las de la familia, y, siempre, después de haberse todos acostado... A horas avanzadas de la noche, mi primo Narciso, la María Antonia y el criado, que se quedó á dormir algunos días sobre los escaños de la cocina para poder levantarse al primer barrunto de ruido, oyeron ayes, chirridos de puertas que se abrían ó cerraban, y algo así como el murmullo de una conversación; pero se armaban de tenazas, badilas y otros enseres del hogar pintiparados para

moler las costillas á cualquier prójimo de carne y hueso, salían con las debidas precauciones, iban á despertar al muchacho y á la criada para que recorrieran con ellos todas las habitaciones, tinadas y escondrijos de la casa. . y jamás vieron ni rastro de aquella pícara gente hechizada... Por más que, á mi modo de ver, no se trataba de duendes ni de brujas, pues bien claro dice la doctrina cristiana que con solo creer en agujeros y hechicerías se peca mortalmente; lo que pudo haber en todo esto, es que el bisabuelo del abuelo del padre de mi primo Narciso, ó sea de mi tío Matías, dejó en su testamento una manda piadosa cuyo cumplimiento demoraron los herederos por no sé qué desavenencias con los párrocos del pueblo, y, ¡ naturalmente !, el alma de aquel piadoso testador, no pudiendo salir del purgatorio mientras no se entregase á la Iglesia lo estipulado en su última voluntad y cansada de penar por los mundos desconocidos, pensaría en recordar de alguna manera á sus herederos la obligación en que estaban de saldar una deuda tan sagrada, y de ahí aquel abrir ó cerrar de puertas, aquellos murmullos y aquellos ayes producidos por arte de encantamiento...

...Sinaron á visperas, y como quiera que la narración del tío Ramonín nos ponía los pelos de punta, tomamos las de Villadiego, y le dejamos con la palabra en la boca y con los cuentos « puramente de risa » entre las orejas y la cachucha.

En dos catres de cinco palmos de anchura, dormimos aquella noche nueve chiquillos. El miedo á ser atrapados por los duendes, ó por el alma en pena, hizo que ni siquiera nos detuviéramos á quitarnos los escarpines. Nos metimos en la cama sin almadreñas, porque es costumbre descalzarlas en el portal y arrinconarlas tras de la puerta de la calle; pero nos zabullimos entre los cobertores tan vestiditos como habíamos asistido á misa y al rosario, más vestidos aún, porque para entrar en la iglesia guardamos la boina y todo y hasta creo que sacamos el dobladillo á fin de que, calándonosla bien, no oyéramos chirridos de puertas, ni ayes, ni murmullos... ¿Pero quién se quedaba á la orilla?... El centro de la cama, sí, le queríamos todos, y el «regero» también; mas eso de quedarse al descubierto y en peligro de que las brujas se apoderaran de nosotros, de los que habíamos de dormir al caer, ¡quía, ni á tiros!... Por fin, rendidos de tanto luchar por colocarnos todos en el sitio más seguro, nos entregamos dulcemente en brazos del sueño, y al amanecer del nuevo día era punto menos que imposible averiguar si los nueve chiquillos éramos uno, ninguno, ó un fenómeno de carne humana... embrujado.

Durante la comida del segundo día de función, alguien que se enteró de nuestros apuros y sobresaltos sacó la

conversación de los duendes y brujas y el tío Ramonín explicó con todo lujo de detalles lo mismo que á nosotros nos contara respecto á la causa de que la casa del mayorazgo se llamara en algún tiempo y aún siguiera llamándose «La casa de los duendes...» Pero así que concluyó su conseja, le dijo, sonriéndose, el tío Agustín:

— ¿Y usted cree, tío Ramonín, en agüeros, hechicetas, almas en pena y encantamientos?

— ¡Carafe!... Ya digo que en brujas y duendes no creo, porque es pecado creer; pero las almas en pena son otra cosa muy diferente ¡carafe!

— ¿Y usted se acuerda de la criada que teníamos por aquella época en esta casa?

— ¡Pues no me he de acordar, hombre, no me he de acordar!

— ¿Quién era?

— ¡Quién había de ser!... ¡La que es hoy la mayorazga: tu mujer!

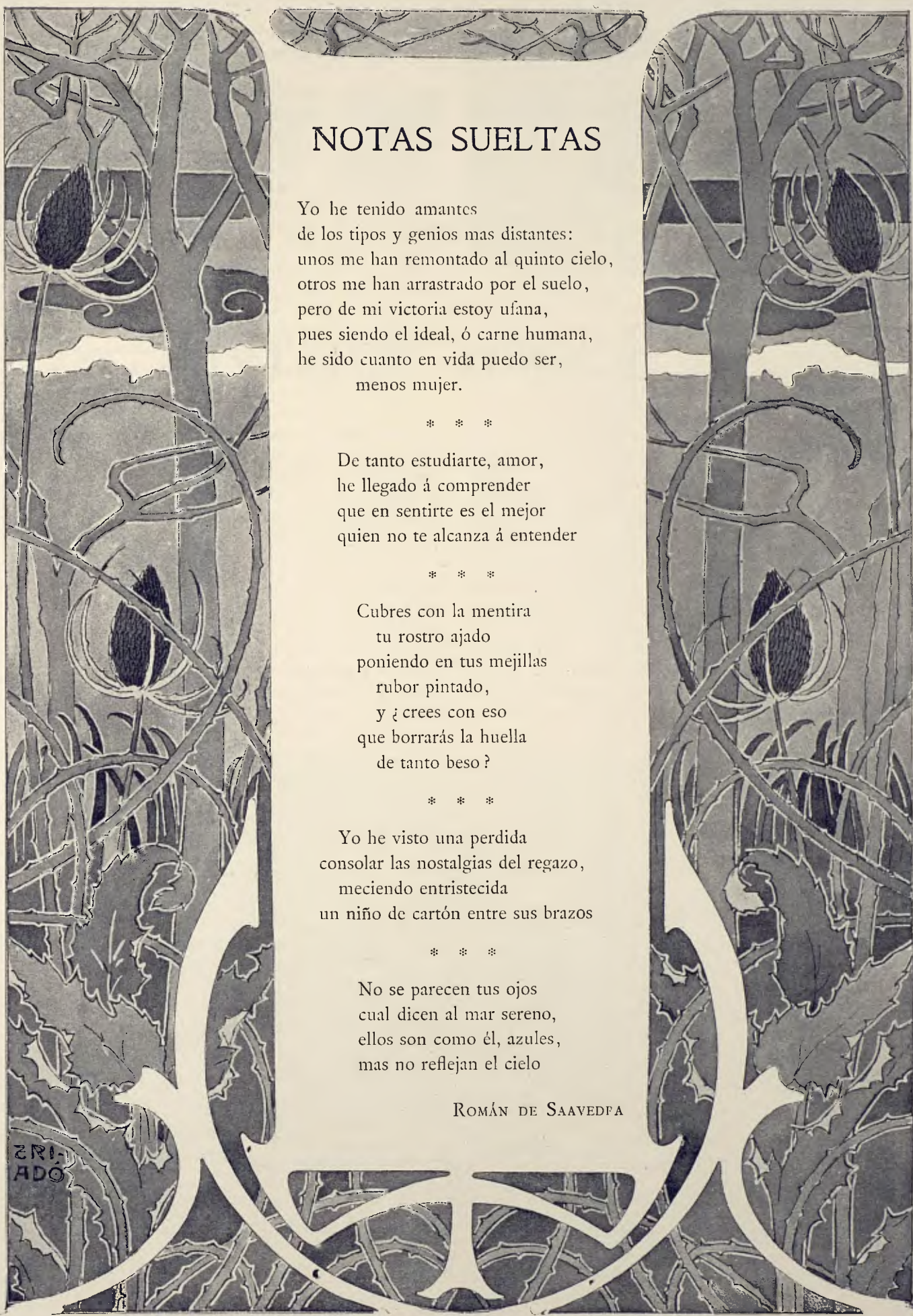
— ¡Já... já... já!...

— ¿De qué te ríes, vamos á ver, de que te ríes?

— Pues de que ésta y yo cortejábamos por aquel entonces... y de que aquí no ha habido *más brujas que ella, ni más duendes que yo...*

DESIDERIO MARCOS





NOTAS SUELTAS

Yo he tenido amantes
de los tipos y genios mas distantes:
unos me han remontado al quinto cielo,
otros me han arrastrado por el suelo,
pero de mi victoria estoy ufana,
pues siendo el ideal, ó carne humana,
he sido cuanto en vida puedo ser,
menos mujer.

* * *

De tanto estudiarte, amor,
he llegado á comprender
que en sentirte es el mejor
quien no te alcanza á entender

* * *

Cubres con la mentira
tu rostro ajado
poniendo en tus mejillas
rubor pintado,
y ¿crees con eso
que borrarás la huella
de tanto beso ?

* * *

Yo he visto una perdida
consolar las nostalgias del regazo,
meciendo entristecida
un niño de cartón entre sus brazos

* * *

No se parecen tus ojos
cual dicen al mar sereno,
ellos son como él, azules,
mas no reflejan el cielo

ROMÁN DE SAAVEDRA

ARI-
ADO



MEJICANOS ILUSTRES

ENTRE los pocos estados americanos que en materias intelectuales se encuentran al mismo nivel que esta vieja Europa, ocupa un lugar preeminente la REPÚBLICA MEJICANA, una de las más fieles guardadoras de las costumbres españolas, y en la que no ha podido, por más esfuerzos que ha hecho, sentar sus reales esa tinta cosmopolita, esa mescolanza de razas que impera en muchos puntos de América y que hacen una Babel insoportable é inhospitalaria de lo que debiera ser refugio constante de todos los espíritus que, ávidos de luchar y de corrientes nuevas, buscan al través *de los mares* lo que parece no encuentran en esta parte del hemisferio.

MÉJICO es el estado que siempre tuvo más simpatías por la madre España: prueba patente el gran número de

españoles que allí residen, el trato galante de que son objeto por los naturales del país y las iniciativas felicísimas llevadas á la práctica por todos los elementos más valiosos de aquella República que jamás titubearon con tal de reportarnos algún bien.

Por eso, principalmente, más que por nada, hoy se complace HISPANIA en tributar un aplauso á las cinco figuras de gran relieve de aquella región: el Excmo. señor general don Porfirio Díaz, Presidente desde el año 1876, su virtuosísima esposa la ilustre dama señora doña Carmen Romero Rubio de Díaz, don Ignacio Mariscal, don José Ives Simantour y don Joaquín Baranda.

Mucho espacio haría falta para nada más que sintetizar el historial de estos grandes hombres y de su amante



F. DE SORIA

EN EL CAMPAMENTO

compañera; así que nos vamos á reducir á copiar unos apuntes que de allí nos remiten para que sirvan de base á este artículo-semblanza :

« He aquí al primer estadista de América, al hombre que ha hecho la grandeza y la felicidad de su patria.

» El héroe de la paz, con el cual nombre es conocido hoy en el mundo el señor general don Porfirio Díaz, nació en 15 de Septiembre del año 1830 en Oaxaja. Hijo de padres no pudientes y huérfano de muy niño, desde su tierna infancia comenzó á luchar contra el infortunio al cual ha vencido completamente.

» En el Seminario de Oaxaja comenzó sus estudios, y su pobreza era tanta que no pudo asistir á ningún acto público por no tener recursos para pagar los gastos que eran indispensables en aquellas funciones literarias.

» Cuando los norteamericanos invadieron á Méjico, Porfirio Díaz acudió á alistarse de defensor de su patria.

» Siempre ha pertenecido al partido liberal, y ha obtenido sus grados militares por riguroso ascenso.

» Cuando la intervención francesa, Porfirio Díaz fué uno de los que más rudamente la combatió. Estuvo en la famosa batalla del 5 de Mayo, en el sitio de Puebla el año 1863 y en otras muchas acciones. Ganó á los Austriacos la batalla de la Carbonera y de Miahuatlan; tomó por medio de un atrevido asalto á Puebla el 2 de Abril de 1867 y ocupó á Méjico en Junio del mismo año.

» Por medio de una revolución subió á la presidencia de la República Mejicana á fines de 1876. Desde entonces comienza la era de prosperidad para Méjico. El valiente soldado ha demostrado ser hábil estadista: él ha levantado el crédito público, ha surcado el país de vías férreas y ha hecho á Méjico grande y respetado.

» Posee multitud de condecoraciones que le han concedido los gobiernos de Europa, justos apreciadores de sus grandes méritos. Es gran Cordón de la Legión de Honor de Francia y tiene dos grandes cruces españolas.

» La distinguida dama que comparte con el señor general Díaz el cariño del pueblo mejicano, es hija del finado



ministro de Gobernación de aquella república, licenciado don Manuel Romero Rubio, y se desposó con el Presidente mejicano en 1880.

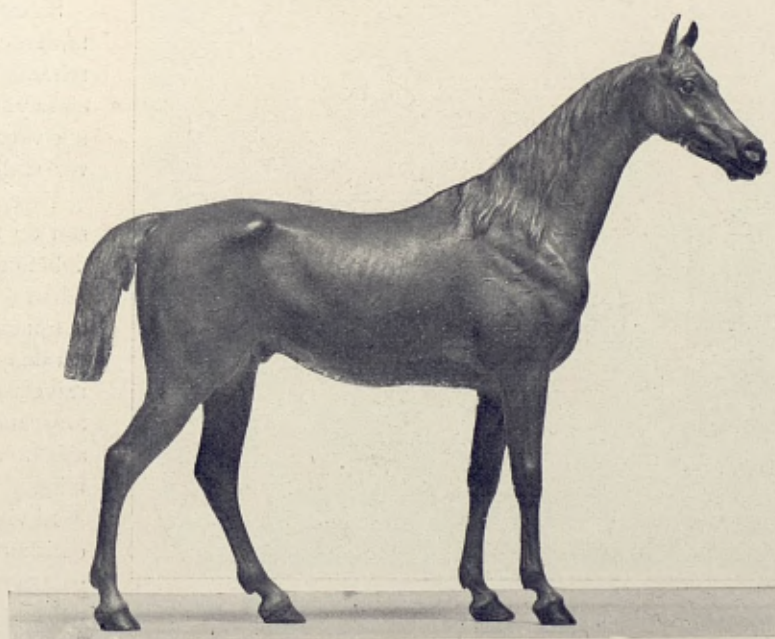
» Por su ilustración, por su bondad y por su distinguido porte, se ha conquistado el respeto y admiración de todas las clases sociales de Méjico. Ella es la elegante dama que en los salones subyuga por su belleza, su gallardía y su finura y la que enjuga las lágrimas del que sufre.

» Como testimonio de su gran corazón, se alza en la capital de la República Mejicana la *Casa Amiga de la Obrera* en donde los hijos de las operarias encuentran pan é instrucción. Este establecimiento lo fundó y lo sostiene de sus fondos particulares *Carmelita*, como la llaman cariñosamente los Mejicanos.

» Por su grande alma y por sus bellas cualidades morales, la señora Romero Rubio de Díaz ha logrado algo que parecerá imposible: ser respetada y querida como reina en aquel país republicano.

» Es una dama legítimo orgullo de Méjico y de la raza latina.

» Está condecorada con la banda de María Luisa.»



MISS REBECA

ERA soñadora, hermosa y melancólica. Sentíase herida por esa terrible dolencia tan general en los hijos de la nebulosa Inglaterra, el spleen, pero de un modo tan grave que, consultado un galeno, declaró que la rubia miss necesitaba impresiones nuevas, cambio de atmósfera y de costumbres, en una palabra, que el único remedio era viajar.

La joven se reanimó, abarcando la distancia que mediaba desde el suntuoso recinto de Milton Square, hasta los floridos campos de Italia.

Hacía largo tiempo que soñaba con bandidos de ojos negros y aterciopelada cabellera, de dominadora belleza, de carácter audaz y de valor indomable.

Su *spleen* revistió una impaciencia nerviosa, febril. La

idea del viaje la trastornaba; presentía las emociones del terror, de la lucha, del amor irrealizable, pero que se arraiga y vive en el corazón.

El padre de miss Rebeca era flemático, imperturbable; parecía de granito; semejava á una estatua de mármol: había resuelto que su hija no abandonase Londres hasta el mes de Agosto, corría Julio y la probabilidad de la muerte no le hubiera hecho variar en un ápice su plan.

Además en el retraso había un interés material: la romántica niña no resolvía la cuestión palpitante, cual era fijar la época de su matrimonio con un primo suyo, que á la vez era socio de la casa Thompson y Compañía.

¿Le amaba? tal vez como hermano, y su cariño era puramente fraternal y aún así, indiferente y tranquilo.

Por su parte Jaime, admiraba la hermosura de Rebeca, quería llamarla suya, pero con estoicismo inglés soportaba con paciencia los desdenes y la frialdad glacial de aquel ser caprichoso y romántico.

Por fin llegó el día de la partida: una respetable aya, aceptó la misión de acompañar á la heredera de la casa Thompson y Compañía.

Miss Rebeca abrazó á su padre, tendió la mano ceremoniosamente á Jaime, pronunciando un seco *goodby* y se instaló en el vapor que por el río Támesis la condujo al canal de la Mancha y á playas francesas.

Su estancia en París fué corta, desdénando consagrar su admiración á la capital más bulliciosa y atractiva de Europa. Tenía vehemente curiosidad por ver realizados sus ideales.

Ya en la frontera, cambiaron de tren, tomando el que debía conducirlos á Turín. Estaban solas cuando salieron de la estación, pero á corta distancia de aquella, se abrió la portezuela y un hombre joven, de arrogante presencia, ocupó un asiento al lado de la bellísima miss.

El viajero tenía tipo árabe: cutis moreno pálido, barba larga negrísima como los ojos y cabellos. Su mirada escrutado-



J. CAMPENY

SIEMPREVIVAS Y CRISANTEMAS

ra se fijó en Rebeca, como magnetizándola : tenía expresión audaz y amenazante.

Sacó del bolsillo unas tijeras y mostrándolas dijo con acento imperioso :

— Córteme usted el cabello y la barba.

La inglesa hizo un movimiento de terror y de sorpresa. El aya exclamó con severo acento :

— Caballero, caballero...

El desconocido lanzó una mirada tal sobre miss Wey, que la hizo bajar los ojos estremeciéndose.

— No hay tiempo que perder : corte usted.

La atribulada Rebeca vió brillar un puñal y, temblorosa, aterrada, cortó los rizos y la barba del bandido.

— Ahora miren ustedes por la ventanilla.

Obedecieron trémulas y asustadas. Minutos después una voz cascada dijo :

— Vuelvan ustedes á sentarse.

Rebeca y miss Wey lanzaron una exclamación de asombro : en vez del apuesto joven, se encontraban frente á frente con un anciano de barba blanca y cabello como la nieve.

En aquel momento entraban en una estación. Un empleado abrió la portezuela: detrás de él asomaba la cabeza un agente de policía.

— Hija mía, muestra los billetes, creo que los piden, articuló el extraño personaje.

— No; no es eso lo que deseamos... andamos á caza de cierto sujeto.

— Y se escapará probablemente.

El tren continuó su marcha.

— Me han salvado ustedes — dijo el desconocido, — hemos pasado la frontera, nada puedo temer : muchas gracias y buen viaje.

Y abriendo la portezuela saltó al campo y se perdió entre los árboles.

Miss Rebeca, tenía calentura cuando llegaron á Turín; durante quince días estuvo gravemente enferma y el flemático mister Thompson, preparaba su maleta para trasladarse á Italia cuando supo que su hija entraba en convalecencia.

— Así como así, se dijo, este viaje era para mí un trastorno ; no debí permitir que Rebeca se ausentara de Londres.

Cuando la heredera de la casa

Thompson pudo leer los periódicos, le señaló mistress Wey un párrafo en el « Siglo » de París.

« El cajero de la casa J. M. y Compañía, se ha fugado llevándose los fondos que existían en caja. Hacía más de un año que ocupaba su puesto, pero está averiguado que era el jefe de una partida de bandoleros.

» Es joven, de rostro hermoso, con ojos y cabellos negros ; se cree que se ha internado en Italia. »

— ¡ Era él ! — exclamaron las dos inglesas.

Restablecida Rebeca y curada de su pasión por los Fra Diavolo, regresó á Londres á su lujosa casa de Milton Square.

Un mes más tarde, era esposa de Jaime Standerson.

X.



E. TORENT

MEDITACIÓN

POR ESOS TEATROS

• Aygua que corre. • Drama en tres actos de Guimerá, estrenado en Romea. —
• Oltre la vita. • Drama de José Leon Pagano, estrenado por la compañía
Iggius, en el Granvía. — La compañía del señor Talavera. — Inauguración de
temporada en el Liceo.

El estreno en Romea del drama de Guimerá « Aygua que corre » ha sido hasta ahora el acontecimiento de la temporada. El eminente autor de « La Boja » y de « Terra baixa », de « Mar y cel » y « María Rosa », ha entrado con él de lleno en el drama moderno, llegando al cabo del camino que emprendiera en « Arrán de terra » y en « La pecadora ».

De la antigua *manera* de Guimerá no queda en « Aygua que corre » casi ninguna huella. La sobriedad en la exposición del conflicto, la firmeza de los caracteres, la naturalidad con que se desarrolla la acción y la lógica con que se suceden las escenas, hacen del drama un verdadero modelo, colocándolo muy por encima de los demás que había producido últimamente su autor.

No aseguraré yo que Guimerá haya podido prescindir en un todo de su anterior manera de entender el teatro. Con un bagaje literario como el que lleva á cuestas, esto era materialmente imposible. Además, por encima de los procedimientos de escuela, hay el temperamento, del cual no puede prescindir ningún autor y mucho menos si es de la talla de Guimerá.



La Alameda de Hércules en Sevilla

Por eso, si bien ha prescindido éste de lirismos desmesurados y relaciones relucientes, de choques violentos y estallidos brutales de pasión, no ha logrado desprenderse de ciertos vicios adquiridos en obras anteriores y entre ellos el de anunciar ya al segundo acto el final del tercero y el de basar la obra en un hecho, si bien real en el fondo, falso por las circunstancias que lo rodean.

Un joven, enamorado perdidamente de una mujer casada, la confiesa su amor, que le es plenamente correspondido según le confiesa la propia interesada. Como se ve, se trata de una mujer sin pizca de escrúpulos, dispuesta á faltar al juramento conyugal. A pesar de ello, no falta... gracias á la vuelta de su marido, que se hallaba en viaje.

Entonces el galán, para poder vivir más cerca de su amada, decide casarse con una hermana de ésta. Así tendrá más y mejores ocasiones para conseguir su objeto. Pero no lo consigue, á pesar de su deseo y el de su cómplice, gracias al anuncio en su esposa de la maternidad, motivo de todo punto insuficiente en un sujeto de su índole.

En cambio en el tercer acto, teniendo en la habitación contigua á la esposa moribunda, déjase caer en brazos de su cómplice, matando con su acción á la enferma que, al aparecer á la puerta de la habitación, cae herida de muerte por la infidelidad de su marido y de su hermana.

La inconsistencia que se nota en la base del drama, ha sabido Guimerá sustituirla por una extraordinaria firmeza en los caracteres y un gran vigor en la presentación de las situaciones. En este sentido es verdaderamente notable el segundo acto de la obra, uno de los mejores que posee el teatro catalán. En cambio el primero resulta pálido, reduciéndose á la exposición lisa y llana del conflicto, que se resuelve en el tercero con naturalidad al principio pero con cierta brusquedad hacia el final.

Los artistas de Romea interpretaron la obra con mayor naturalidad que de costumbre, distinguiéndose sobre todos los demás los señores Soler y Borrás, encargados de los papeles de maridos. Entre las actrices merece citarse la señorita Jarque, que hizo una buena ingenua en el papel de esposa ultrajada.

La compañía de Blanca Iggius ha dejado de actuar en el Gran-vía, habiéndola substituido la de zarzuela chica del señor Talavera.

El último estreno que nos sirvió aquélla fué el del drama del joven escritor José Leon Pagano « Oltre la vita », en el cual muéstrase su autor obsesionado por los dramaturgos del Norte y muy especialmente por Ibsen. Y es lástima que así sea, pues el señor Pagano tiene cualidades para que pueda atreverse á andar por si solo, como lo demuestra en algunas escenas de su obra llenas de vigor y llevadas con singular acierto y soltura. ¿ Cuando será que los autores jóvenes — no digo los principiantes, pues ya es cosa sabida que todo el mundo empieza imitando — seguirán el consejo que encierra Alfredo de Musset en un verso, cuando dice: « Mi vaso es pequeño, pero yo bebo en mi vaso ? »

La campaña hecha por la señora Iggius en nuestra ciu-

dad no ha sido más que medianeja, habiéndose basado todos sus éxitos en la representación de obras de género libre ó descocado. Los espectadores que van al teatro en busca de arte, se han abstenido de acudir á las representaciones que ha dado la compañía, cediendo la plaza al público alegre, que busca distracción aunque sea á cosa de la moral.

Por eso, á pesar de los pocos días que han pasado desde que se despidieron de nuestro público aquellos artistas, ya nadie se acuerda de ellos. Casi me atrevo á afirmar que los asistentes al teatro Gran-vía, prefieren á la compañía de la señora Iggius, la de género chico del señor Talavera.

Una de las obras que representa ésta, es la nueva zarzuela de costumbres aragonesas «El olivar», estrenada con éxito por los mismos artistas en el teatro de las Artes de la calle de Florida Blanca, donde actuaban antes de entrar en el Gran-vía.

Las obras antedichas y el estreno en el Principal del drama «La risa de Grecia», de don Eduardo Marquina, han sido las novedades ocurridas en los teatros que tenían ya abiertas sus puertas al escribir mi anterior revista, pues una de las ocurridas durante la quincena ha sido la inauguración de la temporada en el teatro del Liceo, la cual tuvo lugar el día 15 con la ópera de Franchetti «Cristoforo Colombo.»

Prescindiendo del libro, reñido con la historia y la literatura, la obra ha obtenido un éxito *de público*, debido tal vez, más que á sus méritos, á la esplendidez con que ha sido montada. El decorado, á cargo de los escenógrafos señores Vilumara y Junyent, fué de lo mejorcito que suele ofrecernos la empresa del Liceo, lo cual puede afirmarse también del atrezo y el vestuario.

En cuanto á la música, puede afirmarse que está escrita con fe y entusiasmo por su autor el maestro Franchetti, siendo en un todo apropiado para deslumbrar á la masa. Merece citarse sobre todo el «Epílogo», en el cual campean los principales motivos de la ópera.

De todos modos, la acogida que dispensó á ésta el público fué en general bastante fría, sin que esa frialdad llevase á los espectadores á protestar ostentosamente, como hubiese ocurrido en otras ocasiones.

La interpretación fué de todo punto acertada, habiéndose distinguido notablemente la señora Bonaplata y el señor Sanmarco. Ambos viéronse obligados á presentarse en escena algunas veces, en compañía del maestro Mascheroni, director de la orquesta.

UN ESPECTADOR

HOJEANDO LIBROS

«Dramas rurales», por Víctor Catalá.

Trátase de la obra de un autor casi desconocido como quien dice hasta ayer y el cual, de un solo salto, ha sabido colocarse entre los mejores que han cultivado la prosa catalana.

El libro que acaba de dar á luz con el título de «Dramas rurales» es una soberbia muestra de su gran talento.



EL ACREEDOR. — Pero si el conde me había dado cita para hoy sin falta.
EL CRIADO. — Oh, me extraña mucho, porque no me ha dado siquiera orden de ponerlo á V. en la calle.

Vigor, colorido, fuerza y expresión: he aquí las cualidades indiscutibles que posee la obra, compuesta de una docena de novelitas. Y conste que el diminutivo se refiere solamente á la extensión de las mismas, ya que por su intensidad merecen todas ellas el nombre de novelas y el calificativo de soberbias.

Mientras esperamos que Víctor Catalá nos dé nuevas muestras de su talento, no podemos menos que mandarle con estas líneas la expresión de nuestro entusiasmo y nuestra admiración por sus «Dramas rurales.»

«Impresions», por P. Colomer y Fors.

Como indica su título, los trabajos de que se compone el libro del señor Colomer son simples impresiones, artículos cortos, visiones fugaces de la vida, observadas por un autor cuyo temperamento le arrastra á describir y pintar cuanto ve y siente, sin preocuparse de otra cosa.

Por eso se nota en el libro cierta falta de selección en los asuntos, falta que no es obstáculo á que la lectura produzca singular buen efecto, pues de ella se saca una impresión viva é intensa de varios aspectos de ciertas poblaciones.

Lo cual no es poco que digamos.

«Mossen Verdaguer», por el doctor J. Falp y Plana.

Uno de los amigos que tuvo en la última época de su vida el insigne vate Mossen Jacinto Verdaguer, fué el doctor Falp y Plana quien le asistió como médico hasta sus últimos instantes.

Por eso, gracias á su triple cualidad de escritor, médico y amigo, ha podido el doctor Falp estudiar en su obra á Verdaguer bajo sus múltiples aspectos, dando del poeta, del hombre, del sacerdote y del enfermo una cabal idea.



HERMENEGILDO MIRALLES

59 · BAILÉN · 70

BARCELONA



HISPANIA. — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.

PANORAMA NACIONAL, 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.

ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.

Á LOS TOROS. Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.



LITOGRAFÍA

MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS



RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.

ENCUADERNACIONES industriales y artísticas

JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.

IMÁGENES de todas clases.



AZULEJOS CARTÓN PIEDRA

PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR

PÍDASE CATÁLOGO